

los diálogos llevados con naturalidad y animación. La lectura de esta obra es amena, interesa la vida humana y el estilo moderno, en que la imagen y la metáfora, alegran por su belleza. Nicomedes Guzmán con «Los Hombres Oscuros» y «La Sangre y la Esperanza» quedará formando parte del grupo más selecto de novelistas chilenos.—FRANCISCO SANTANA.—



«EL AIRE UNÁNIME» Y «OCÉANO», poemas por *Cipriano Santiago Vitureira*. Ediciones A. I. A. P. E. Montevideo

Desde su residencia montevideana de Egido 891, erigida en ágil bastión o minarete lírico, nos envía Cipriano Santiago Vitureira, la segunda edición de «El Aire Unánime» y, a su vez, la segunda parte de este libro, intitulada «Océano» y que acaba de ser publicada.

«El Aire Unánime», (su primera jornada), consta de diez poemas capitales, escritos en metro libre, y poseedores de un ritmo y elasticidad maestros:

«Alguien, un pez, un aire,
un gas, una distancia,
ha de beber en ti como tú bebes
en los vinos añejos.
ha de llorar en ti como tú lloras
por días más o menos,
ha de vivir tu sueño como vives
el cielo de la tierra que no es tuyo...

Semilla, brizna, cal,
luciérnaga, temblor...
En el pavor de la serenidad,
en el abrazo lento con que los mundos todos

como animales se reconocerán,
el hombre que eres tú, el hombre ágil,
que oye venir la muerte
como el pájaro de hoy las estaciones,
aun tiene que cantar, aun tiene que vivir!»

(«Si en un enorme esfuerzo...»)

Su verbo participa de un contenido de raíz universal, trascendente, afincado en una de las mejores fuentes de espiritualidad que posee América: la cultura del Uruguay. En efecto, en lo que ya lleva de transcurrido el curso de este siglo, una gran comunidad de poetas uruguayos—de altos poetas—, con los ojos muy abiertos y el corazón soterrado junto a las implacables aguas del Atlántico, ha captado y sigue captando este mensaje, esta emoción ecuménica. Julio Herrera y Reissig y Armando Vasseur, pusieron la primera y candente piedra. El uno, con su barroco imperecedero, su simbolismo intachable; y el otro, con su primera gran versión de los poemas de Walt Whitman, adelantó, en tierra uruguaya, los nuevos tiempos líricos. Por ello, y por las muy remotas reminiscencias contenidas en su voz, nos parece que Viturcira, no ha sido ajeno al evangelio whitmaniano:

«Con todos los pedazos de la vida
que he logrado arrancar de las barrancas,
con el hambre, con la desolación, con la venganza,
yo te construyo un pedestal de siglos
¡oh señor de la gracia y la desgracia!
Yo te invento
en mi doliente corazón perseguido...!»

Porque he visto pasar la procesión
 la gruesa procesión que no mereces;
 porque he visto ese montón de pequeñeces
 yo te invento y te defiendo;
 yo, que puedo vivir perfectamente sin ti
 si me dejas ver una verdadera alegría en los niños
 y una verdadera serenidad en los adultos.
 Yo te invento
 porque quiero denunciar ante tu soledad—
 en nombre de mi soledad,
 como el charco ante el cielo,
 el chapoteo de esta multitud
 debajo de tus relámpagos, ¡oh Señor!»

(«Tras de la procesión yo gesticulo...»).

En suma, «El Aire Unánime», por su contenido humano, por su porción de ternura y alto misticismo laico, por el contenido de liberación social que se vislumbra a través de sus páginas, como una sabia luz que traspasa los entendimientos y los cuerpos y por la eficaz maestría de su estilo, hace a Cipriano Santiago Vitureira, acreedor a una cimera cátedra en el retablo de la poesía sudamericana de hoy.

En lo que concierne a la segunda parte, el cuaderno intitulado «Océano», nuestro juicio es adverso. Creemos que el poeta al cantar a la heroica España sacrificada, perdió todas las posibilidades de alcanzar un clima de densidad épica, redentora, al caer en un débil y vulgar aire de amistad y ternura, logradas en cuerpo presente o corporeidad póstuma. En tal virtud la Pasionaria, Juan Marinello, Pablo Neruda, Rafael Alberti, (en «Saludo a Rafael Alberti»); César Vallejo, (que aun llegó a sugerirle este verso: «en una noche diccionaria»), y el grande y malogrado Miguel Hernández, exaltado en demasía por muchos, le llevan a un futil hado poético.

Finalmente, períodos líricos como: «las cumbres del dolor», «dorso de la bondad», «la nube de tristeza», «nube de acentos», «desembarco del placer en la sonrisa», «las ramas del silencio», «colina de ternura», etc., producen la caída casi total de su estilo. Este género de metáforas que podríamos denominar «abstracto», es siempre en exceso peligroso, por su vulgaridad, por su facilidad que ciega al poeta y su gran endebles lírica.

Vitureira, poseedor de sabios puños de poeta, no se merecía una derrota. Empero, ¿cuál de nosotros es infalible?—ANTONIO DE UNDURRAGA.



ALGUIEN GOLPEÓ A MI PUERTA, de César Lavín Toro. Ediciones Nascimento, 1943

Es agradable encontrar entre la multiplicidad de libros publicados uno que sea de amable estilo, de sugerente significado, de contenido vital, a pesar de sus imágenes poéticas. Alguien decía, hace mucho tiempo que la sorpresa era evidente cuando de improviso, se encontraba con alguien que escribiera bien, sin saber, sin haber sabido nunca de ella, ni siquiera por una fácil referencia. Pues bien, con César Lavín nos ha ocurrido esto. Su libro «Verticales», que tanto éxito tuvo en su aparición, no había pasado nunca por nuestras manos, y ese rumor crítico que afuera se escuchaba, no podíamos precisarlo, no sabíamos si su significado, relativo para nosotros, convergía patentemente sobre el volumen.

Era así, en efecto. Pero ahora no podríamos referirnos a él, por cuanto tenemos la cordial aventura de otro volumen, de un mundo que, si diferente, tiene polos de contacto con «Verticales»... Y es que su autor se desarrolla en un plano de persistente estilo, de flotantes rutas, por las que es necesario pasar con la constancia viva y los sentidos puestos a toda honda.